



Documento de Investigación 03/2020

Cambio climático e inestabilidad en el Sahel

-

Climate change and instability in de Sahel band

Organismo solicitante del estudio:
Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE)

**Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional
(CESEDEN)**



Trabajo maquetado, en febrero de 2020, por el Instituto Español de Estudios Estratégicos (IEEE).

NOTA: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del Ministerio de Defensa, del CESEDEN o del IEEE.

Índice

Cambio climático e inestabilidad en el Sahel

Climate change and instability in the Sahel band

Introducción	7
Pastores contra agricultores	9
Potenciadores del conflicto	12
<i>La esclavitud</i>	12
<i>La colonización</i>	13
<i>La descolonización</i>	16
<i>Las diferencias religiosas</i>	20
<i>La influencia de otros Estados sobre el Sahel</i>	22
Conclusiones	24

Cambio climático e inestabilidad en el Sahel

Carlos Javier Frías Sánchez
Coronel de Artillería DEM
Doctor en Paz y Seguridad Internacionales

Resumen

El Sahel es escenario de conflictos que se extienden de un extremo a otro de esa franja: «Boko Haram» en Nigeria, Burkina-Faso, Níger y Chad, los «tuareg» en Mali y Níger, los «Séléka» en Centroáfrica, los «Janjawid» en Darfur, la interminable guerra civil en Sudán del Sur, «Al-Shabab» en Somalia... La lista es interminable.

Es habitual etiquetar estos conflictos como «conflictos étnicos» o «tribales», o bien ligarlos simplemente al auge mundial del terrorismo islámico. Es importante tener en cuenta que estas rivalidades étnicas y religiosas nacen en gran medida de la competencia histórica por unos recursos económicos escasos (la tierra cultivable) y que el cambio climático en curso los harán todavía más escasos. Sobre esta razón inicial, el transcurso de la Historia ha añadido factores que potencian este conflicto básico: las consecuencias de la esclavitud, el legado de la colonización, los procesos de descolonización, la radicalización islamista, el descubrimiento y la explotación de recursos naturales, la influencia de otros Estados sobre África y la caída de Gadafi.

Palabras clave

Sahel, cambio climático, tribu, conflictos étnicos, colonización, descolonización, terrorismo islamista, esclavitud.

Climate change and instability in the Sahel band

Abstract

The Sahel is the scenario of conflicts stretching from one end of that strip to the other: «Boko Haram» in Nigeria, Burkina-Faso, Niger and Chad, the «touareg» in Mali and Niger, the «Séléka» in Central Africa, the «Janjawid» in Darfur, the never-ending civil war in South Sudan, «Al-Shabab» in Somalia... The list is endless.

It is common to label these conflicts as «ethnic» or «tribal» conflicts, or simply link them to the global rise of Islamic terrorism. It is important to note that these ethnic and religious rivalries are largely born out of historical competition for scarce economic resources (arable land) and that ongoing climate change will make them even scarcer. On this initial reason, the course of history has added new factors that boost this basic conflict: the consequences of slavery, the legacy of colonization, the processes of decolonization, Islamist radicalization, discovery and exploitation of natural resources, the influence of foreign States on Africa and the fall of Gaddafi.

Key words

Sahel, climate change, tribe, ethnic conflicts, colonization, decolonization, Islamic terrorism, slavery.

Introducción

El Sahel es escenario de conflictos que se extienden de un extremo a otro de esa franja: «Boko Haram» en Nigeria, Burkina-Faso, Níger y Chad, los «tuareg» en Mali y Níger, los Séleka» en Centroáfrica, los «Janjawid» en Darfur, la interminable guerra civil en Sudán del Sur, «Al-Shabab» en Somalia... La lista es interminable. Todos estos conflictos son diferentes y tienen su propia lógica interna. Sin embargo, es difícil creer que tal concentración de conflictos en una zona determinada del planeta sea casual.

Un recurso relativamente habitual para explicar las complejas interrelaciones entre las comunidades del Sahel es etiquetar los conflictos como «conflictos étnicos» o «tribales», o bien ligarlos simplemente al auge mundial del terrorismo islámico. Y, efectivamente, esas razones están presentes. Pero es importante tener en cuenta que estas rivalidades étnicas y religiosas nacen en gran medida de la competencia histórica por unos recursos económicos escasos (la tierra cultivable) y que el cambio climático en curso los harán todavía más escasos. Sobre esta razón inicial, el transcurso de la Historia ha añadido factores que potencian este conflicto básico.

El Norte de África en general y el Sahel en particular son zonas de economía fundamentalmente agropecuaria. Consecuentemente, el régimen pluviométrico es un factor imprescindible para entender la marcha de las economías locales y, como derivada directa, de la estabilidad social: en la mayoría de los casos, las recurrentes revueltas «políticas» son en realidad «revueltas del hambre» y suceden generalmente tras una época de malas cosechas. No puede resultar sorprendente que el actual proceso de cambio climático tenga una enorme importancia para aquellos grupos humanos cuyo sustento depende totalmente del clima.

El Sahel es una banda de terreno poco definida, de dimensiones colosales, que se extiende desde el océano Atlántico hasta mar Rojo. Es una zona de transición climática entre el desierto del Sáhara (al Norte) y la selva tropical (al Sur). Entre estos dos ecosistemas extremos, en la banda del Sahel la aridez va disminuyendo de Norte a Sur, dando lugar a ecosistemas intermedios, entre los que destaca la sabana. Los límites del Sahel han ido variando en diferentes periodos de la Historia, al hilo de los cambios en las precipitaciones: en ciertas épocas, las lluvias permitieron desarrollar cultivos muy al Norte, en zonas que hoy quedan en medio del desierto, mientras que en otros momentos el desierto avanzó hacia el Sur, forzando el éxodo de los habitantes de zonas antes prósperas.



Abéché (Chad). En 1850 el Sultán de Ouara trasladó su capital a Abéché, describiéndola como «una ciudad situada en una pradera de ensueño». Hoy es una zona semidesértica, que no permite los cultivos. La antigua capital, Ouara (60 km al Norte de Abéché) debió ser abandonada al secarse las fuentes de agua.

Estos diferentes ecosistemas han dado lugar a diferentes formas de vida en los grupos humanos que los habitan: al Norte, habitan tribus nómadas dedicadas esencialmente al pastoreo, actividad que alternan frecuentemente con el comercio transahariano, pero también con el bandidaje. Cuanto más al Sur, aumentan los pastos, y aparecen zonas que permiten los cultivos. De la misma manera en la que aumenta la riqueza de la tierra, cuanto más al Sur también aumenta la población, y aparecen núcleos de población sedentarios.

La movilidad de la banda del Sahel derivada del régimen pluviométrico hace que el Sahel sea una zona de permanente conflicto: cuando el desierto avanza hacia el Sur, las tribus nómadas pierden sus pastos tradicionales, por lo que llevan sus ganados más al Sur, hacia las tierras cultivadas, lo que les enfrenta irremediamente con los agricultores. La Historia presente y pasada del Sahel es, en consecuencia, una de permanente conflicto entre las tribus nómadas de pastores del Norte y las tribus sedentarias de agricultores situadas más al Sur. Este es un conflicto tan antiguo como la propia Historia, que nace con Revolución Neolítica, hace más de 10.000 años. A este escenario de conflicto permanente se suman una serie de nuevos factores, como el cambio climático, que vuelve a extender el desierto hacia el Sur, pero también otros elementos de crisis, unos más recientes, y otros más antiguos: las consecuencias de la esclavitud, el legado de la colonización, los procesos de descolonización, la radicalización islamista, el descubrimiento y la explotación de recursos naturales, la influencia de otros Estados sobre África y la caída de Gadafi.

Pastores contra agricultores

El clima en el Sahel se caracteriza por las altas temperaturas, y por la existencia de dos estaciones climáticas, una seca (que coincide aproximadamente con el invierno europeo) y otra lluviosa (el verano en Europa). Recientemente, el *Centre for Ecology & Hydrology* (CEH) del Reino Unido publicó un estudio sobre las precipitaciones en el Sahel: analizando los datos de lluvias en la zona entre 1982 y 2016, el estudio presenta un aumento constante del número y de la violencia de grandes tormentas. Estas tormentas pueden tener extensiones de hasta 100.000 km (el tamaño de Portugal) y alcanzar alturas en la atmósfera de más de 15 km, pudiendo descargar 250 l/m² de agua en pocas horas. Actualmente, durante la estación lluviosa se producen hasta ochenta grandes tormentas por año, mientras que en los primeros años 80 la media de grandes tormentas era de veinte anuales: la frecuencia de estos episodios pluviométricos se ha multiplicado por cuatro. Además de ello, desde hace unos años, este tipo de tormentas representan prácticamente la única lluvia que se recibe. El resto del año, prácticamente no llueve, abundando los episodios de sequía extrema. Este cambio en el régimen pluviométrico es especialmente acusado en África Occidental.

La principal consecuencia derivada de las lluvias torrenciales es la erosión del suelo fértil, esencial para la agricultura; durante los periodos de sequía, las plantas se secan y sus raíces no pueden retener la tierra; cuando llegan las tormentas, las lluvias torrenciales arrastran la tierra, dejando solo el lecho pedregoso. La repetición continua de este ciclo agosta la tierra y seca los pastos, afectando de forma determinante a la capacidad de la tierra de sostener una actividad económica.



Tormenta en el Sahel. Los episodios de lluvias extremas se han multiplicado por cuatro en los últimos treinta años

La consecuencia de este cambio en el régimen pluviométrico es la desaparición progresiva de los pastos y de los cultivos situados más al Norte de la banda del Sahel.

Como hemos señalado antes, la desaparición de sus pastos tradicionales obliga a las poblaciones nómadas a llevar sus ganados más hacia el Sur, invadiendo las tierras de los agricultores sedentarios. Como ejemplo, los conflictos entre los pastores *fulani* o *peul* y los agricultores *dogón* (en Mali) o *banda* (en Centroáfrica) tienen su origen en esta competición por los pastos.

Los conflictos entre pastores y agricultores se remontan a la aparición de la agricultura, y han seguido siempre un mismo patrón, en lugares tan alejados como China o el África Occidental: los pastores suelen ser menos numerosos que los agricultores, pero viven concentrados en grupos nutridos (necesarios para controlar el ganado), tienen gran movilidad (suelen desplazarse en caballos o camellos, y su fuente de recursos – el ganado – también es móvil); por el contrario los agricultores son más numerosos (los excedentes agrícolas permiten un crecimiento poblacional mucho mayor), pero viven dispersos en pequeñas explotaciones agrícolas (sus escasos medios de transporte no les permiten vivir alejados de sus explotaciones, y el bajo rendimiento por hectárea no permite sostener grandes concentraciones humanas fijas) y apenas tienen movilidad (pocos pueden permitirse mantener monturas: un caballo come y bebe como diez personas, lo que resulta prohibitivo para la rudimentaria producción agrícola). Como consecuencia, a igualdad de tecnología, los pastores suelen derrotar a los agricultores: aprovechan su superioridad numérica local para imponerse en combates frente a las comunidades de agricultores aislados, y la superior movilidad que les proporcionan sus monturas les permite rehuir el combate si se enfrentan a grupos más numerosos. Así, tribus nómadas relativamente pequeñas y atrasadas consiguieron imponerse a sociedades agrícolas muy avanzadas (caso de las repetidas invasiones de China por los mongoles) ciclo ya descrito en el siglo XII por el hispano-musulmán Ibn Jaldún en su *Libro de la Evidencia*.

Esta descripción parece apuntar a que los pastores siempre se imponen a los agricultores. Esto es así en los combates locales y a corto plazo: a la larga, las sociedades sedentarias permiten un mayor desarrollo tecnológico y una mayor riqueza, que se traducen en obras de ingeniería que reducen las ventajas de los pastores (con fortificaciones como la Gran Muralla china), en armas y medios más avanzados (la pólvora, los vehículos, las armaduras...) y en la constitución de fuerzas armadas más competentes. En el largo plazo, las sociedades agrícolas sedentarias siempre se han impuesto a las sociedades pastoriles nómadas, y no hay razones para pensar que el resultado sea distinto en el Sahel.



Pastor armado, en algún lugar del Sahel.

La forma de vida de las tribus de pastores les otorga ventajas en combate sobre los agricultores.

Otro desarrollo histórico relativamente común es que los pastores nómadas acaban por adoptar un modo de vida más sedentario, con un sistema económico basado en la conquista y explotación de sus rivales agricultores y/o pastores o en la extorsión sin conquista a sus vecinos agricultores o pastores menos poderosos, situación que está en la raíz del nacimiento de los sultanatos que dominaron el Sahel hasta la llegada de los colonizadores europeos, pero también común en la China de los mongoles o en el Asia Central de los tártaros.

La descripción anterior puede llevar a pensar que existen dos «bandos», uno de pastores y otro de agricultores. En realidad, no es así: además de ese enfrentamiento entre dos formas de organización económica, existe una miríada de enfrentamientos tribales entre diferentes tribus de pastores (los robos de ganado eran y siguen siendo muy habituales entre tribus de pastores o entre clanes dentro de una misma tribu) o entre grupos étnicos de agricultores por el dominio de las tierras arables.

En el periodo comprendido entre la expansión del Islam en la banda del Sahel (hacia el s. XVI) y la llegada de los colonizadores europeos, las tribus de pastores crearon pequeños reinos, con ciudades y estructura administrativa, cuya economía estaba basada casi exclusivamente en la depredación de las sociedades agrícolas situadas al Sur. La economía de estos pequeños reinos se mantenía gracias a la esclavitud y a los tributos que exigían a las entidades políticas menos poderosas, creando «sociedades predatoras», con una casta de guerreros y comerciantes (los antiguos pastores nómadas) y una masa de esclavos capturados u obtenidos como tributo procedentes de las tribus agrícolas del Sur. Un estudio muy interesante y muchísimo más detallado de estas sociedades es el de Stephen P. Reyna, *Wars without End: The Political Economy of a Precolonial African State*, de 1990. La llegada de los colonizadores europeos acabó con estos pequeños reinos, y obligó a los nómadas a volver a dedicarse a la ganadería. No obstante, ni los pastores olvidan su «pasado glorioso» (y mitificado, en gran medida por la transmisión oral de la Historia), ni los agricultores su (relativamente reciente) condición de «esclavos potenciales».

Potenciadores del conflicto

Sobre la base de este conflicto inmemorial entre dos formas de vida, en el Sahel se superponen otros factores que agudizan este conflicto básico, pero que muchas veces también lo disfrazan y lo difuminan. Entre estos factores los hay de raíz histórica, como la esclavitud, la forma en la que se realizó la colonización y el cómo se efectuó la descolonización y las diferencias religiosas. Junto a estos factores antiguos, aparecen otros más recientes, como la radicalización de algunas corrientes islamistas, la aparición de recursos mineros sin explotar, la influencia exterior sobre África y la caída del dictador libio Gadafi.

La esclavitud

La esclavitud y su memoria es un factor que aún hoy tiene un peso importante en la franja del Sahel. Los principales destinos del comercio de esclavos fueron, inicialmente, el mundo árabe-musulmán al que se unió posteriormente la América colonial, mientras que la principal fuente de esclavos eran las poblaciones agrícolas situadas en la franja Sur del Sahel.

La demanda de esclavos del espacio árabe-musulmán supuso un incentivo económico para las poblaciones de pastores nómadas que habitaban la parte Norte del Sahel: los agricultores de la parte Sur se convertían no solo en rivales para conseguir pastos para el ganado, sino también en potenciales mercancías para ser vendidas al Norte. Así, desde hace más de mil años, se establecieron mercados de esclavos en la parte Norte del desierto del Sáhara (como el de Tombuctú) en los que las tribus nómadas de la parte Norte del Sahel y del desierto vendían a los esclavos capturados en la parte Sur de la franja. Cuando los europeos comenzaron con el comercio de esclavos hacia la América colonial, estas mismas tribus de pastores establecieron lugares de encuentro en la costa para la venta de los esclavos capturados. Ni los árabes, ni los europeos capturaban esclavos: se limitaban a comprarlos a algunas de las tribus nómadas, que, en determinadas épocas, dejaron de lado su forma de vida tradicional basada en el pastoreo para dedicarse casi en exclusiva al tráfico de esclavos. Resulta significativo que la cosmología islámica divida el mundo en dos partes «dar-al-Islam» («casa de la Sumisión», las tierras dominadas por musulmanes) y «dar-al-Harb» («casa de la guerra», las tierras pobladas por infieles), mientras que en los pequeños sultanatos de Chad y Sudán, la «dar-al-Harb» pasa a ser la «dar-al-abid», la «casa de los esclavos».



Traficantes europeos comprando esclavos en la costa africana, en el s. XIX. Los europeos comprobaban los esclavos a tribus de pastores, que secuestraban a sus vecinos agricultores para su venta.

La esclavitud es, en general, un episodio del pasado. Sin embargo, algunas de sus consecuencias siguen vivas hoy. Por un lado, en la «memoria colectiva» de muchas de las tribus de agricultores pervive el miedo a las tribus de pastores¹. Este miedo se traduce, por ejemplo, en una baja moral de combate cuando miembros de estas tribus de agricultores tienen que enfrentarse con bandas armadas salidas de las tribus de pastores². Por otro lado, los miembros de las tribus de pastores tienden a considerarse superiores a los de las tribus de agricultores, a los que, todavía hoy, tratan con displicencia, todavía como a «esclavos potenciales»³. Como veremos después, el proceso de colonización europea reforzó en muchos casos estos sentimientos de superioridad por un lado y de rencor y miedo por otro, mientras que el de descolonización está afectado también (de maneras diversas) por estos mismos sentimientos.

La colonización

La colonización de cada uno de los territorios africanos fue diferente, dependiendo de muchos factores, como la geografía, la demografía o la forma de abordarla de cada metrópoli. Sin embargo, hay un rasgo relativamente común: la potencia colonizadora

1 BRET, René-Joseph. *Vie du Sultan Mohamed Bakhit, 1856–1916: la pénétration française au Dar Sila, Tchad. (Contributions à la connaissance des élites africaines)* [xvi]. Paris, CNRS, 1987, págs. 41, 42.

2 Experiencia personal del autor durante su participación en la misión EUTM-RCA en la República Centroafricana, en el segundo semestre de 2016, pero apreciación compartida también por personal participante en EUTM-Mali.

3 En 2006, cuando los janjawid sudaneses atacaron los poblados de la etnia dadjo en Darfur, lo hicieron al grito de «¡Muerte a los esclavos!» (Favre, J. Op. cit. pág. 291).

se solía apoyar en una de las tribus presentes en la colonia, con el fin de dominar a una población comparativamente mucho más numerosa de lo que podían controlar las siempre reducidas tropas coloniales. En este sentido, las tribus de pastores resultaban los socios ideales de la potencia colonizadora: eran militarmente más competentes, tenían un cierto «ascendiente» sobre las tribus de agricultores (que les temían), eran menos numerosas (y por tanto, más baratas de contentar con sobornos y otras ventajas) y la alianza con los colonizadores les garantizaba una posición de dominio político, junto con dinero, acceso garantizado a los pastos y numerosas ventajas económicas y materiales. En consecuencia, las potencias europeas tendieron a apoyarse en las tribus de pastores para la organización de la administración colonial y de las fuerzas de seguridad de estas colonias. Como ejemplo, en la colonia francesa del Chad, los miembros de las tribus Tama y Zaghawa, dos de las ciento tres tribus del país, cada una de ellas suponiendo menos del 1% de la población total del territorio, ocupaban la mayoría de los puestos bajos e intermedios de la administración colonial, y aportaban la práctica totalidad de las tropas indígenas. Incluso con la participación selectiva de personal local, la administración colonial permaneció férreamente controlada por las diferentes metrópolis, que aportaban la práctica totalidad del personal directivo. Como ejemplo, en el momento de la independencia del Congo Belga (la actual República Democrática del Congo), en todo el país solo había dieciséis titulados universitarios indígenas⁴.



Tropas coloniales alemanas (askari) en la colonia del Camerún. Las potencias coloniales se apoyaron en las tribus guerreras, integrándolas en las fuerzas coloniales y dándoles entrenamiento y armas, para someter a las tribus mayoritarias.

.....

4 STENGERS, Jean. *Congo : mythes et réalités*. Bruselas, ed. Racine, 2007, pág. 209.

Esta forma de organizar las colonias hizo que miembros de las tribus de pastores ocupasen posiciones (si bien, menores) en la administración civil y militar de las colonias, y que recibiesen la educación necesaria para desempeñarlas: así, los puestos intermedios y bajos de la administración, los empleos de suboficiales y la tropa de las fuerzas coloniales los desempeñaron de manera preponderante personal de estas tribus. En consecuencia, el apoyo de las potencias colonizadoras a las tribus de pastores (aportando organización, educación y armamento moderno) consolidaba su posición de dominio.

Sin embargo, las necesidades de la administración civil y militar de la colonia también afectaron a la estructura interna de las tribus de pastores: las potencias coloniales necesitaban funcionarios y militares de bajo nivel, por lo que – con muchas limitaciones – promocionaron para los puestos que necesitaban cubrir a miembros de las tribus que les apoyaban. Por ello, la «aristocracia» de esas tribus rara vez aceptó desempeñar los puestos subordinados que los colonizadores asignaban a los indígenas. Así, la renuncia de los miembros de las castas superiores de las tribus a entrar en la administración colonial hizo que solo los miembros de las castas inferiores y/o intermedias de las tribus dominantes desempeñasen puestos en la administración colonial, lo que traería importantes consecuencias durante la descolonización.

Las difíciles condiciones de vida en las zonas más desérticas hicieron que los colonizadores situasen las sedes administrativas en zonas con mejor acceso al agua. Así, los colonizadores desplazaron las sedes tradicionales del poder desde sus posiciones anteriores (situadas normalmente en las tierras de las tribus de pastores que dominaban el territorio) hacia nuevos emplazamientos situados más hacia el Sur, en tierras ocupadas previamente por agricultores (caso del Chad, donde el poder político residía en el «Sultanato de Ouaddaï», con sede en Ouara, pasando a la nueva ciudad de Fort-Lamy, actual N'Djamena). Este desplazamiento restó poder a las elites tribales tradicionales, y tuvo como consecuencia que los funcionarios indígenas (pertenecientes a esas tribus de pastores cuyos territorios estaban muy lejos) fueran en cierto modo «extranjeros» en su propio país.

La colonización supuso también importantes cambios en la economía local, que cambiaron la estructura económica interna de los territorios. Las rutas comerciales tradicionales del Sahel se dirigían hacia el mundo árabe y musulmán, hacia el Magreb y el valle del Nilo. Sin embargo, los colonizadores crearon nuevas unidades de producción – minas y plantaciones – y dirigieron sus exportaciones hacia las fachadas atlántica o índica, para embarcarlas hacia sus respectivas metrópolis. Además de ello, el reparto de África entre potencias europeas rivales fragmentó el territorio, de forma que cercenó las rutas de comercio tradicionales: el valle del Nilo (con Egipto y Sudán en manos británicas) dejó de ser accesible al comercio de África Occidental (en general, en posesión de Francia), mientras que el Magreb (colonia francesa) estaba vedado al comercio procedente del África Oriental dominada por los británicos. Estos cambios implicaron que regiones tradicionalmente ricas se empobrecieron como consecuencia del cese de su comercio tradicional, mientras que otras, anteriormente nada prósperas se enriquecieron, al aparecer nuevos motores económicos (agricultura de exportación,

minería) o nuevas rutas comerciales. En general, estos cambios beneficiaron a las regiones agrícolas en perjuicio de las tribus de pastores, principales comerciantes por las rutas del desierto. Este cambio en la «jerarquía de las regiones» implicaba importantes cambios en el reparto de la riqueza y del poder internos de las colonias. Ligada a esta nueva estructura económica y política, las potencias coloniales concentraron sus trabajos de construcción de vías de comunicación en aquellas necesarias para transportar los recursos naturales de las colonias hacia sus metrópolis, dejando prácticamente incomunicadas aquellas regiones sin utilidad económica. La mayoría de estas regiones olvidadas estaba en la parte Norte del Sahel. Y, sin vías de comunicación, la acción de la administración sobre estas áreas era prácticamente inexistente.

Un aspecto importante de la colonización fue la imposición de una paz forzada por las potencias europeas: los «raids» de las tribus de pastores sobre las tierras de los agricultores o la feroz independencia de las tribus nómadas fueron enérgicamente combatidas por las metrópolis europeas. Así, las tribus de pastores tuvieron que restringir el bandidaje o los saqueos, so pena de atraer las represalias de los mejor adiestrados y equipados ejércitos coloniales. Esta represión del bandidaje, junto con la política de cooptación de las potencias europeas sobre sectores importantes de las tribus de pastores, llevó a una gran disminución del nivel de violencia general, a un cambio de hábitos en las tribus nómadas (reducidos ahora casi exclusivamente al pastoreo o al robo de ganado entre ellas) y a un mayor crecimiento demográfico.

La descolonización

Si la colonización alteró el curso de la Historia en el Sahel, aún más lo hizo el proceso de descolonización. Es casi un lugar común el recordar que la descolonización se realizó sobre las divisiones administrativas de las diferentes potencias coloniales, demarcaciones que no respondían a ninguna razón histórica o étnica. Así, del proceso de descolonización surgieron Estados artificiales, con fronteras que dividían grupos étnicos homogéneos, a la vez que forzaban a vivir bajo una misma administración a pueblos que nada tenían en común, o, peor, aún, abiertamente rivales. Este efecto fue aún más importante en las tribus de pastores nómadas, cuya forma de vida choca frontalmente con el concepto de Estado basado en un territorio limitado por fronteras (como ejemplo, las tierras de pastoreo de los *fulani* se reparten entre Mali, Burkina-Faso, Nigeria, Camerún, Chad y República Centroafricana).

La precipitación con la que las potencias europeas acometieron la descolonización se tradujo en la práctica en que la administración civil y, especialmente, las fuerzas militares, quedaron frecuentemente en manos del personal indígena presente en el momento de la partida de los administradores coloniales. Así, en la mayoría de los casos, las colonias quedaron bajo el poder de las fuerzas armadas locales, la última fuente de poder real. Y, en el caso del Sahel, las fuerzas armadas estaban, en general, compuestas por personal de las tribus de pastores. No es sorprendente que el proceso de descolonización desembocase en muchos casos en regímenes más o menos

dictatoriales, en los que los resortes del poder residían mayoritariamente en miembros de alguna de las tribus de pastores. Sin embargo, dada la renuncia de los miembros de las aristocracias locales a entrar en la administración colonial, los que ostentaban el poder no eran los líderes tradicionales de estas tribus, sino que pertenecían a capas sociales más humildes dentro de esas tribus, pero que habían prosperado gracias al apoyo de los colonizadores. Obviamente, estos últimos eran muy conscientes de sus obligaciones con su tribu de origen, pero no siempre estuvieron dispuestos a aceptar las órdenes procedentes de las jerarquías tribales «tradicionales». La influencia de las ideas socialistas (recordemos que la descolonización se realizó en plena Guerra Fría y apoyada resueltamente por la Unión Soviética), reforzaba el descrédito de las jerarquías tribales. Esta situación desencadenó frecuentes conflictos internos en las tribus que se tradujeron en guerras civiles más o menos extendidas.

En otros casos, ante el creciente descontento (en las colonias y en las respectivas las metrópolis) con las condiciones de vida en las que se mantenía a la población africana (corriente de opinión que cobró auge fundamentalmente tras la Segunda Guerra Mundial), los gobiernos europeos intentaron «democratizar» sus colonias, introduciendo algún sistema de representación y extendiendo la educación y la sanidad. En casos puntuales cambiaron sus alianzas con las tribus minoritarias e intentaron atraer a las mayoritarias (casos de Ruanda, Congo o Burundi), pero fueron procesos muy tardíos, muy próximos a la independencia, y los nuevos gobernantes apenas tuvieron tiempo para consolidar su poder.

Por otra parte, la promoción por parte soviética de movimientos - políticos y guerrilleros - pro-comunistas en el África colonial llevó también a la aparición de movimientos insurgentes que pervivieron después de la independencia de la mayoría de las antiguas colonias, creando una situación de guerras civiles e inestabilidad continuas en la mayoría de los nuevos Estados procedentes de la descolonización.

En cualquier caso, los Estados del Sahel que salieron de la descolonización se caracterizan por unas estructuras de poder muy débiles, y por amalgamar unas poco numerosas tribus de pastores en el Norte (completas o parte de ellas), junto con una mayoría de la población perteneciente a las tribus de agricultores en el Sur. Las tribus de pastores del Norte se consideran «superiores» a las tribus de «esclavos potenciales» que habitan al Sur. Y, como se ha citado, al inicio de los procesos de descolonización, estas tribus de pastores tienen además en muchos casos los resortes del poder. En consecuencia, los Estados del Sahel suelen aglutinar una mayoría de población perteneciente a las tribus de agricultores, junto con una minoría procedente de las tribus de pastores, que, en algunos casos (Chad, por ejemplo), controlan las fuerzas armadas y la administración. Son Estados con fronteras artificiales, y con los que parte de su población no se siente identificada, especialmente en las zonas fronterizas, donde, en la mayoría de los casos, el marco identitario de los habitantes del Sahel no es su Estado, sino su tribu o su grupo étnico. Esta situación tiende a cambiar progresivamente, dada la erosión del sistema tribal, como consecuencia en parte del rápido proceso de urbanización del continente, pero a medio plazo todavía es así.

En realidad, todavía hoy, la capacidad de los Estados del Sahel para proporcionar un mínimo de servicios públicos es muy limitada. De hecho, en la mayoría de su territorio, la presencia de la administración estatal – de haberla – es meramente testimonial: algunos funcionarios en los principales núcleos de población y alguna reducida guarnición militar o policial. La carencia de vías de comunicación que vertebran el territorio, especialmente en la parte Norte del país, limita enormemente la capacidad de las administraciones de proporcionar servicios en grandes zonas de su territorio. Esta inexistencia de estructuras y servicios estatales dificulta que la población de gran parte del territorio se identifique con su (reciente) Estado, y mantiene vivas las estructuras de poder y los modos de vida tradicionales. No puede resultar sorprendente que las entidades políticas creadas tras la descolonización del Sahel sean, en su mayoría, «Estados fallidos» y que ocupen los últimos lugares en las estadísticas de desarrollo humano.

Esta escasa presencia estatal es incluso menor en las zonas alejadas de los centros de poder, que, en general coinciden con las antiguas sedes coloniales. Debido al desplazamiento de las capitales locales que llevaron a cabo los colonizadores, con idea de llevarlas hacia zonas con mejor acceso al agua, esta presencia estatal es prácticamente nula en la parte Norte de la franja del Sahel. Esto hace que los pobladores de estas zonas se sientan abandonados por unos Estados de nuevo cuño, con los que, en cualquier caso, se sienten muy poco vinculados. En consecuencia, no es casualidad que los movimientos rebeldes suelen tener origen en la parte Norte del Sahel, y que las capitales de los Estados (y la mayoría de la población) se encuentren en la parte Sur.

La debilidad de las diferentes administraciones ha hecho que renazca con fuerza el bandidaje y la inseguridad, especialmente en las zonas más alejadas de los centros de poder. En algunos casos, estas actividades delictivas son más o menos toleradas por las autoridades estatales (especialmente en Estados controlados por tribus de pastores, responsables en su mayoría de esas exacciones), lo que desacredita aún más la autoridad estatal, pero en su mayoría responden a la incapacidad del Estado para imponer la ley. Esta inseguridad alienta la creación de milicias armadas, que pueden ser empleadas tanto para defenderse como para practicar a su vez el bandidaje, o, incluso, «alquilarse» para participar en conflictos inicialmente ajenos. Como ejemplo, los rebeldes «Séléka» que derrocaron al presidente centroafricano Joseph Bozizé en 2013 incluían importantes contingentes chadianos y sudaneses.

Muchos de ellos conocían el terreno porque eran participantes habituales en los «raids» de caza furtiva en los Parques Nacionales de Dzanga-Ndoki, Manovo-Gounda St. Floris y Bamingui-Bangoran. Los numerosos conflictos en suelo africano han forzado la frecuente intervención de la comunidad internacional. Desde la caída de la Unión Soviética, esta intervención ha pretendido solucionar las tensiones locales mediante la imposición de regímenes democráticos. Sin embargo, la democracia en la mayoría de los Estados africanos, dadas las características de su sociedad, acaba degenerando en una variedad de «etnodemocracia». En su versión africana, cada partido político – pese a que su nombre sugiera una posición política – representa a una tribu, a un grupo étnico o a una facción de ellos.

Así, el peso demográfico de cada grupo étnico o tribal determina la distribución de poder: cada votante otorga su voto a su tribu. En consecuencia, y dada la estructura de la sociedad en los Estados del Sahel, en las democracias locales el poder acaba en las tribus de agricultores, más numerosas y donde, dado su carácter sedentario, es posible establecer un censo de votantes.

Estas «etnodemocracias» africanas tienen muchas consecuencias indeseadas:

- Las tribus tradicionalmente dominantes (las de pastores) son minoritarias, por lo que la adopción de un sistema democrático las priva de su posición de privilegio. Consecuentemente, se opondrán a ello. Su citado dominio de los resortes del poder local las coloca en una posición favorable para imponer dictaduras o, en su caso, para falsear los resultados electorales. En cualquier caso, serán muy renuentes a entregar el poder a tribus consideradas tradicionalmente como «inferiores», oponiéndose habitualmente por la fuerza.
- Las mayorías tienden a utilizar el poder recibido en las urnas como un arma para institucionalizar el dominio del grupo étnico mayoritario sobre las minorías.
- En muchos casos, las tribus mayoritarias intentan «ajustar cuentas» históricas con las tribus consideradas «opresoras» (en general, las minoritarias de pastores). El caso del genocidio en Ruanda en 1994 es un caso extremo de esta tendencia: los tradicionalmente dominantes – pero minoritarios (9% de la población) – pastores *tutsis* habían colaborado con los colonizadores, pero perdieron el poder frente a los mayoritarios agricultores *hutus* poco antes de la independencia, por el deseo de los colonizadores belgas de «democratizar» la colonia. Los sucesivos gobiernos *hutus* ejercieron una política de «venganza» contra los *tutsis*, que, a su vez, crearon un movimiento político-guerrillero – el Frente Patriótico Ruandés (FPR) –, que intentó recuperar el poder por las armas. El conflicto culminó en el genocidio de 1994, en el que los *hutus* intentaron exterminar completamente a los *tutsis*...
- Ocasiona además la pérdida de confianza en el sistema democrático por parte de las minorías, pues la aplicación de las reglas del sufragio universal implica que el poder político y la legitimidad internacional acabarán siempre en manos de sus rivales tradicionales.
- Alimenta a desconfianza en los sistemas de recuento de votos: en la zona habitada por cada tribu, solo se vota al partido de esa tribu; si gana un partido distinto, es fácil que los perdedores interpreten que ha habido fraude en el recuento, pues, en las zonas de las tribus minoritarias, nadie conoce a nadie que haya votado al partido ganador.

En consecuencia, el establecimiento de sistemas democráticos «simples» (sin contrapesos institucionales que garanticen los derechos de las minorías) tiende a exacerbar los conflictos más que a solucionarlos.

La intervención de la comunidad internacional en los conflictos africanos ha tenido además otras consecuencias: se han desplegado frecuentemente

contingentes armados de diversas organizaciones multinacionales (Naciones Unidas, Unión Europea, Unión Africana...), con eficacia discutible, y se han impuesto acuerdos de paz más o menos forzados, que frecuentemente han incluido procesos de «reforma del sector de seguridad» (SSR – *Security Sector Reform*). En la mayoría de los casos, estos acuerdos han implicado emprender acciones de «desarme, desmovilización y reintegración» (DDR – *Disarmament, De-mobilization and Reintegration*). La parte de «reintegración» busca el retorno de los combatientes a la vida civil. Sin embargo, las dificultades inherentes a proporcionar empleos civiles al personal combatiente, hace que la «reintegración» incluya frecuentemente la integración de parte del personal armado «rebelde» en las fuerzas armadas regulares del Estado al que se han enfrentado... Estos procesos, por beneficiosos que puedan ser desde el punto de vista de los acuerdos de paz, generan divisiones internas y falta de cohesión en las fuerzas armadas, problemas fundamentales que se unen a sus carencias materiales, de organización, de adiestramiento y de doctrina. El resultado son Ejércitos incapaces de cumplir con sus funciones de mantener la paz (y, en muchos casos, ni siquiera el orden público, tarea que frecuentemente recae en las fuerzas armadas), internamente divididos (e, incluso, enfrentados), poco dóciles al poder civil y que actúan frecuentemente al margen de la legalidad. Y, si tenemos en cuenta que estos Ejércitos constituyen muchas veces la única presencia estatal en vastas extensiones, la carencia de medios del poder político para hacer sentir su acción de gobierno en amplias zonas de su territorio resulta aún más acusada.

Las diferencias religiosas

Otro factor de división en el Sahel es la religión. Las tribus nómadas del Norte han estado en contacto con el mundo árabe musulmán desde hace más de mil años, por lo que han ido adquiriendo la religión islámica, y están fuertemente influidos por la evolución religiosa del mundo árabe. En oposición, entre las tribus sedentarias del Sur las hay de religión musulmana, pero son más numerosas las que tienen una mezcla de creencias tradicionales (en general, animistas) con influencias cristianas adquiridas durante el periodo de colonización. En efecto, el carácter sedentario de las tribus agrícolas del Sur favoreció la acción evangelizadora de los misioneros, que construyeron iglesias, hospitales, centros educativos... La religión cristiana (especialmente la católica) se superpuso a las religiones locales, creando mezclas diferentes en cada zona.

Durante la época colonial, la religión no era un motivo de conflicto especialmente significativo. Sin embargo, coincidiendo con la descolonización, se produce en el mundo árabe el surgimiento del «Islam político». Este movimiento busca la creación de sociedades cuya estructura política esté basada en la religión islámica. Al hilo de la aparición de este movimiento, se ha ido produciendo una progresiva radicalización de la religión islámica (a la que no es ajena la extensión del wahabismo impulsada por Arabia Saudita). Ambos movimientos (la extensión de la religión islámica al mundo político y su radicalización) han afectado a las tribus musulmanas del Sahel.

La radicalización del Islam y los conflictos derivados de ella han creado una enorme inestabilidad en el Norte de África, al tiempo que ha reforzado los lazos entre los grupos más radicales de creyentes islámicos. Así, han aparecido grupos islamistas belicosos en todo el Norte de África, grupos que, además interactúan frecuentemente, se apoyan o rivalizan entre ellos y reciben apoyos internacionales (especialmente desde los países del Golfo Pérsico). En el Sahel y en Sáhara, estos grupos nacen de las tribus nómadas y aprovechan su conocimiento del terreno y su aclimatación a las difíciles condiciones del desierto. En cierta manera, mantienen una de sus ocupaciones tradicionales: el bandidaje y el pillaje sobre las poblaciones de agricultores sedentarios. Este «caldo de cultivo» de inestabilidad y violencia ha favorecido la aparición de grupos de combatientes musulmanes dispuestos a combatir en un lugar u otro, en función de la situación local en cada momento y lugar y del posible beneficio económico que puedan obtener. Así, un mismo combatiente puede estar una temporada luchando al lado de *Al-Shabab* en Somalia, otra con los *Séléka* en Centroáfrica y continuar con el MUJAO en Mali o con *Boko-Haram* en Nigeria, con alguna participación en los «raids» de los cazadores furtivos sudaneses en los parques naturales de Kenia o Uganda, para obtener marfil... En todos estos casos, sus tácticas y procedimientos son muy similares, ya que los actores son esencialmente los mismos...



La radicalización del Islam ha dado lugar a la aparición de «combatientes islamistas» que operan en toda la franja del Sahel.

La religión no es, en principio, una de las causas de conflicto en el Sahel, pero sí ha permitido a las tribus musulmanas del Norte obtener una identidad que no les proporcionan los Estados artificiales nacidos de la descolonización, y, además, recibir una enorme cantidad de apoyos internacionales (en dinero, armas y combatientes) que no hubieran obtenido si no fuese por el componente religioso y por los conflictos creados por la radicalización del Islam. La adaptación a este ambiente de movilidad continua y acciones rápidas y violentas es sencilla, pues no es más que el retorno a una forma de vida característica de muchas de estas tribus desde hace siglos, solo interrumpida por el breve paréntesis de la colonización.

La influencia de otros Estados sobre el Sahel

La economía del Sahel es mayoritariamente agropecuaria. Sin embargo, la colonización trajo la búsqueda de yacimientos minerales útiles para las industrias avanzadas de las metrópolis. Así, durante la época de la colonización, los europeos emprendieron una activa política de prospecciones, en busca de yacimientos minerales e intentaron construir infraestructuras que permitiesen exportar los recursos naturales del continente. Si bien los recursos minerales africanos son importantes, las dificultades para explotarlos hicieron que, durante la época de la colonización, la actividad minera fuera relativamente reducida. La apertura de mercados que trajo la descolonización y los avances tecnológicos han hecho que los yacimientos minerales africanos constituyan una enorme fuente de riqueza potencial, que ha atraído la atención de todas las grandes potencias, y, especialmente, de China. Por caprichos de la naturaleza, en la franja del Sahel, la mayoría de estos yacimientos se han encontrado en la parte Sur, donde habitan las tribus agrícolas.

La intervención de potencias extranjeras atraídas por la riqueza mineral del Sahel ha distorsionado las relaciones internas entre los grupos étnicos de cada Estado. Las potencias extranjeras en competencia por estos recursos, han apoyado a diferentes grupos étnicos dentro de cada uno de los Estados del Sahel, buscando hacerse con el control de los yacimientos minerales. Esta competencia ha dado lugar a más inestabilidad y más conflictos. En aquellos Estados en los que las tribus minoritarias retienen el poder (caso del Chad, por ejemplo), los ingresos procedentes de las concesiones mineras les han permitido dotarse de medios militares más avanzados, reforzando el poder de los gobiernos locales. En cambio, en aquellos Estados en los que se ha impuesto un sistema democrático (dominados en consecuencia por los más numerosos agricultores), la competencia entre potencias extranjeras ha sido mayor y más violenta, aprovechando el descontento de las tribus nómadas guerreras para incitarlas (con armas y dinero) a conseguir el control *de facto* de los yacimientos, incluso en oposición a los gobiernos y a los ejércitos locales. Como ejemplo, en la República Centroafricana, los rebeldes *Séléka* (coalición compuesta por miembros de las tribus nómadas del Norte, en la frontera con Chad, y apoyados por combatientes musulmanes chadianos y sudaneses) han ocupado el centro del país, rico en yacimientos minerales y poblado por tribus de agricultores cristianos y animistas. Los *Séléka* obligan a la población local a trabajar en las minas locales, cuya producción es exportada principalmente a China.

La secesión de Sudán y la creación de Sudán del Sur es, quizá, la muestra más evidente del efecto de la aparición de riquezas minerales en un entorno con tantas fisuras internas como es el del Sahel, pero es una situación común en todo la franja, desde Mali hasta Sudán.

Además de la intervención exterior ligada a la competencia por las materias primas, el Sahel ha sido objeto de influencia exterior por motivos ideológicos. Hasta la caída de la Unión Soviética, el bloque socialista llevó adelante una vigorosa política de expansión de la ideología comunista por todo el Tercer Mundo. En la cosmología comunista, la pervivencia del sistema económico capitalista (que, de acuerdo con Marx, debería dar

muestras de colapso por sus «contradicciones internas»), era debida a la explotación de los imperios coloniales. En consecuencia, la descolonización debería acarrear la caída definitiva de las potencias capitalistas. Para conseguir esta descolonización, los soviéticos impulsaron diferentes acciones, desde la creación de movimientos armados anticoloniales de ideología comunista, hasta la educación de las élites africanas en instituciones docentes soviéticas (especialmente de las élites militares). La influencia soviética continuó tras la descolonización, buscando imponer gobiernos «socialistas» en los nuevos Estados surgidos de la retirada de las potencias europeas. Si bien la influencia soviética es un tema del pasado, muchas de sus consecuencias siguen presentes: la extensión de la ideología socialista (muy limitada a ciertas élites, en realidad) ataca la estructura tribal tradicional de la sociedad, y tiene un importante arraigo todavía hoy, especialmente entre los jefes militares, que son quienes en última instancia garantizan el poder político.

La segunda influencia ideológica exterior viene del Islam político. Los Estados del Golfo Pérsico, especialmente Arabia Saudita, mantienen hoy una política de extensión del wahabismo, versión del Islam que está sustituyendo a las creencias islámicas tradicionales (y mucho más moderadas). Otros Estados del Golfo (Irán, Catar, Emiratos Árabes Unidos, Omán...) también realizan actividades de proselitismo sobre los grupos étnicos musulmanes, apoyándolos con dinero y armas. En consecuencia, por un lado, los musulmanes del Sahel se están radicalizando, haciéndose más combativos para imponer su interpretación radical del Islam. Por otro lado, el Islam actúa como un aglutinador que proporciona un sentimiento de comunidad a las diferentes tribus locales - identidad que choca con las identidades nacionales que pretenden extender los nuevos Estados -, y por otro, el apoyo económico recibido de los países del Golfo ha permitido el acceso a armamento moderno a grupos étnicos minoritarios y enfrentados con sus gobiernos nacionales. En otro orden de cosas, entre los grupos islamistas del Sahel se reproducen las rivalidades de sus «patrones», generando un mosaico de grupos armados cuyas relaciones no son fáciles de comprender.

Finalmente, la caída del dictador libio Gadafi ha supuesto otro potenciador de la conflictividad en el Sahel: Libia era uno de los países más armados del mundo, y el colapso del régimen dejó fuera de control los inmensos arsenales acumulados por Gadafi durante sus cuarenta años de dictadura⁵. Además de ello, el dictador libio se apoyó en las tribus nómadas de *tuareg* para afianzar su gobierno. En realidad, el dictador libio no era más que un miembro prominente de una de las tribus minoritarias que constituían el frágil Estado libio, por lo que se apoyó en una tribu guerrera y temida (los *tuareg*) para «mantener a raya» a las tribus rivales. Para ello, armó y pagó pródigamente a sus aliados *tuareg*. La caída de Gadafi supuso que los belicosos tuareg quedaron «sin empleo» y debieron retornar a su tradicional forma de vida, basada en el contrabando y el bandidaje entre el Sahel y las costas mediterráneas. La pérdida

.....

5 En 2009, el Ejército Libio disponía de más de 5.000 carros de combate, 4.000 vehículos blindados de transporte y de combate, 2200 piezas de artillería y varios millones de armas ligeras, entre muchos otros sistemas de armas. *International Institute of Strategic Studies. Military Balance*, 2009, pág. 264.

del patronazgo de Gadafi hizo a los bien armados *tuareg* vulnerables a las tentadoras ofertas de otros «patrones»: Arabia Saudita, Catar, Al-Qaeda, el Estado Islámico...

Conclusiones

El Sahel es una zona de conflicto desde los albores de la Humanidad. Sobre el enfrentamiento básico entre pastores y agricultores, que data de la Revolución Neolítica, se han ido superponiendo otros factores que incrementan la conflictividad, pero que no son la razón de ella. Sin una adecuada comprensión de las causas de conflictividad en el Sahel, es muy difícil abordar ninguna solución.

Como se ha citado, un recurso relativamente habitual para explicar las complejas interrelaciones entre las comunidades del Sahel es calificar estas difíciles relaciones como «conflictos étnicos» o «tribales», etiquetas que permiten simplificar su complejidad y que, en cierta medida, conllevan la idea de que son comportamientos atávicos e inevitables... Sin descartar el factor de las rivalidades étnicas es importante tener en cuenta que estas rivalidades nacen fundamentalmente de la competencia por unos recursos económicos escasos (la tierra cultivable) y que el cambio climático en curso los harán todavía más escasos.

En el marco de esta competencia entre pastores y agricultores, es importante tener en cuenta que los bienintencionados esfuerzos occidentales distan de tener un efecto «neutral» sobre los diferentes grupos humanos que pueblan el Sahel. En efecto, la imposición de sistemas democráticos formales y el refuerzo de las capacidades de los Estados (objeto de las misiones de la ONU – MINUSMA, MINURCAT... - o de la UE en África, como las EUTM-Mali y EUTM- RCA), implica aumentar el poder de las tribus de agricultores a costa de las de pastores. No es sorprendente que la oposición a los gobiernos locales y a los esfuerzos internacionales por apuntalar a los Estados del Sahel provenga de las tribus nómadas, tribus que, circunstancialmente, son musulmanas. Pero probablemente se opondrían igual sin el factor religioso. Simplemente perderían gran parte de sus apoyos exteriores, que son los que les permiten mantener la pugna con sus rivales gubernamentales.

El legado histórico (esclavitud, colonización, descolonización...) permite comprender de dónde nacen muchas de las rivalidades actuales, y son factores a tener en cuenta al abordar los problemas, pero, como todos los hechos históricos, tienen difícil «solución».

El Sahel es un entorno complejo, y su situación de conflictividad no admite soluciones sencillas: el imponer sistemas democráticos «simples», que no tengan en cuenta las relaciones de poder entre los distintos grupos étnicos y que no garanticen los derechos de las minorías, puede suponer un incremento de la conflictividad, no una reducción de ella. De la misma forma, sin un cambio importante en la estructura económica de la franja – lo que requeriría importantes inversiones y una profunda

comprensión del «paisaje humano» de cada zona del Sahel -, la rivalidad entre pastores y agricultores seguirá viva, y el cambio climático solo la exacerbará. En ausencia de estas reformas – poco probables -, y, pese a los actuales esfuerzos internacionales, el Sahel continuará siendo una frontera caracterizada por episodios recurrentes de violencia.



ieeee.es
Instituto Español de Estudios Estratégicos